

LA VOZ DE LA CARIDAD



NUM. 20.—1.º de Enero de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. 1, 4, 8.)*

LA CARIDAD EN ESPAÑA.

Las Casas de Socorro de Madrid.

Para apreciar debidamente lo que son las Casas de Socorro, deben recordarse aquellos tiempos, no lejanos por cierto, en que no las habia: aquellos heridos que era preciso llevar desangrándose, desde la puerta de Santa Bárbara, por ejemplo, al Hospital General; aquellos accidentados que se metian en una barbería, donde lo mejor que podia sucederles era no recibir auxilio alguno; aquellos conflictos, cuando no se hallaba médico en muchas horas para la enfermedad repentina y grave de un sér querido. Cuando esto se ha visto, se ha sentido y se recuerda; cuando se compara con el estado actual en que el enfermo y el herido, á cualquiera hora del dia ó de la noche, hallan pronto y eficaz auxilio, cómo no exclamar: ¡Bendito sea mil veces el que tuvo el pensamiento de las Casas de Socorro, y benditos sean tambien los que las han planteado!

Las Casas de Socorro tienen el raro privilegio de ser objeto de los elogios mas sinceros y de las mas severas críticas, cosa estraña á primera vista, pero muy natural á poco que sobre ello se reflexione.

La Casa de Socorro, tal como se halla establecida en Madrid, es á la vez un servicio público y un establecimiento benéfico. Es servicio público como el del empedrado ó la limpieza, porque lo mismo el magnate que el de mediana condicion, que el desvalido, si se dan un golpe, reciben una herida, ó tienen algun accidente en la calle, hallan pronto é inteligente auxilio, á cualquier hora del dia ó de la noche. Esta es la parte intachable de la Casa de Socorro, y la que le ha granjeado los sufragios de la opinion, porque lo que es

bueno siempre para todos, acaba por no recibir oposicion de ninguno.

La Casa de Socorro es tambien un establecimiento benéfico. Se da asistencia facultativa gratuita á los pobres, medicinas, ropas y alimentos; y bajo este punto de vista, y como institucion caritativa, da mucho que decir, porque realmente deja mucho que desear.

No vamos á dirigir severos cargos, ni á censurar á determinadas personas. ¿Para qué? El mal está principalmente en las cosas. El servicio público está bien; está al menos todo lo bien que puede estar en un pais en que el público no se hace respetar bastante para que, al servirle, se tenga siempre gran cuidado de hacerlo con el mayor esmero, y donde sus buenos servidores no viven seguros de continuar en los cargos que desempeñan bien. Estas dos circunstancias han de influir malamente en las Casas de Socorro, como en todo, y teniéndolas en cuenta podemos decir, que el servicio público que prestan está bien. ¿Por qué su mision benéfica se llena mal? Porque la compasion no se manda ni se impone, ni la caridad puede ejercerse por medio de empleados. No es esto decir que no haya ninguno que la tenga, no; pero puede asegurarse que, en general, serán personas como todas las demás, sin una vocacion especial para consolar á los afligidos, que es lo que se necesita en todo establecimiento benéfico, y muy particularmente cuando se trata de *beneficencia domiciliaria*. Detengámonos un momento á reflexionar sobre esta última circunstancia.

Hemos dicho hace años, que *un reglamento no puede ser mas que el esqueleto de la caridad*, tratándose de asilos benéficos; pero cuando se aplica á la beneficencia domiciliaria, ni un esqueleto será. En una casa de beneficencia puede establecerse una regla, puede vigilarse para que se cumpla, puede obligarse á que haya limpieza, á que los alimentos sean sanos, las medicinas segun la farmacopea, á que el médico visite con exactitud, á que haya orden, en fin, y regularidad, al menos exterior y material. Una autoridad celosa puede conseguir todo esto cuando los pobres están reunidos, mas no lo alcanzará cuando se hallan diseminados, es decir, cuando se trata de la beneficencia domiciliaria.

El médico de la Casa de Socorro sale de mala gana á deshora de la noche á ver á un pobre; el caso urge, tarda en salir, va despacio, hace ó no hace todo lo que puede, se detiene ó no se detiene todo lo preciso. Cuando por primera vez visita á un desvalido, vuelve ó no vuelve, porque él es el juez de la necesidad de su presencia. No decimos que por regla general haya faltas en este servicio, pero puede haberlas, y las hay algunas veces; y ni el reglamento ni

la autoridad pueden seguir al facultativo en las calles apartadas y en las miserables viviendas, ni mandar inspeccionar el medicamento que no es lo que debiera ser, y pasa de la botica al estómago del paciente sin que nadie examine su buena ó mala calidad, ni si la leche de burra llega tarde á los pobres, y despues que se sirve á los otros parroquianos, etc., etc. Podríamos estendernos mas entrando en otros pormenores, pero creemos que basta lo dicho para que se comprenda que la beneficencia domiciliaria se sustrae mas que otra alguna á la inspeccion oficial, y necesita absolutamente de la caridad.

No queremos decir por esto, que sea indiferente que los reglamentos sean buenos ó malos; lejos de eso desearíamos que los actuales se modificasen, y que, por ejemplo, uno nuevo prohibiese que se diesen por contratistas los socorros en especie, etc., etc.: bien están las buenas reglas en las cosas que á regla pueden sujetarse, pero mientras la caridad no entre en las Casas de Socorro, no saldrán de ellas consuelos eficaces para los desvalidos.

Algo de esto se comprendia desde su creacion, puesto que además de los empleados retribuidos hubo *visitadores*, que desempeñaron gratuitamente su cargo, representando el elemento caritativo; pero no tienen bastante intervencion ni bastante autoridad, ni disponen de recursos suficientes, de modo que el visitador, cuando quiere cumplir como debe, ha de sostener una continua lucha, en que es raro que no sea vencido, y séalo ó no, su influencia no es bastante poderosa para hacer triunfar la idea que representa. Además, los visitadores son *nombrados por el Ayuntamiento*, que podrá acertar algunas veces, pero que las mas es probable que se equivoque, aunque no fuese mas que por ser materialmente imposible, que los encargados de la eleccion conozcan treinta ó cuarenta personas en cada distrito, con las cualidades que debe tener el *visitador del pobre*. Los alcaldes de barrio son visitadores, y no debieran serlo por sus muchas ocupaciones, y porque varian con el ministerio, teniendo un color político muy marcado, como los Ayuntamientos, y que influye en todos los nombramientos que hacen. El *visitador del pobre* debe estar muy lejos de recibir influencias políticas, y de variar con el Gobierno ni aun con la dinastía. Esto importa mucho, porque el visitador es la clave de la Casa de Socorro: si tiene celo é inteligencia, caridad y espíritu de justicia, todo irá bien; si le faltan, á pesar de cuantos reglamentos se hagan, todo irá mal. Repetimos, pues, que en sus mejores tiempos, y cuando no carecian de recursos, la situacion de las Casas de Socorro ha podido siempre espresarse así: *Servicio público, bien. Institucion benéfica, mal.*

A estas consideraciones hay que añadir, en las actuales circunstancias, otra no menos importante. La falta de recursos del Municipio, que no le permite cubrir los muchos gastos de las Casas de Socorro, y vienen á ser casi nulas como institucion benéfica. ¿De qué sirve, por ejemplo, que visite el médico, si no puede recetar la medicina que conviene al enfermo, porque no hay fondos para pagarla? Cuando esto sucede, puede considerarse el personal facultativo como un ejército bien instruido, pero sin armas.

Si entrara la caridad en las Casas de Socorro, enlazando el servicio público con la institucion benéfica, recibiría gratis y aprovecharía grandes elementos, como la asistencia facultativa, edificio para consultas, depósito de ciertos objetos, centro á donde pudieran dirigirse los desdichados como los compasivos, y sobre todo, las simpatías del vecindario. En este sentido se ha hecho una tentativa, que por desgracia no ha tenido resultado. Un año hará próximamente que el Ayuntamiento trató de reformar la beneficencia municipal, y al efecto eligió una comision mista de concejales y personas de conocimientos especiales en el ramo de beneficencia. Esta comision nombró una sub-comision, compuesta de los Sres. D. Nemesio Carabias, D. Antonio Balbin y Unquera y D. Eduardo Sanchez Rubio, encargada de formar un proyecto de reglamento, que presentó, se ha impreso, y como obra de personas tan competentes, es notable. Estamos conformes en casi todo lo esencial que proponen, aunque en algo disentimos, sobre todo en la parte práctica y forma de llevar á cabo el pensamiento, que es altamente benéfico, y puede resumirse en estas palabras: *Grande importancia de la Beneficencia domiciliaria. Necesidad de enlazar la beneficencia oficial con la caridad, hasta que esta pueda atender por si sola al socorro de los desvalidos.*

¿Por qué el proyecto de reglamento para realizar esta idea, y presentado á la Municipalidad, no ha dado ningun resultado? No lo sabemos. Comprendemos que se hubiera modificado, pero que se abandone, no. La beneficencia domiciliaria es la primera, es la forma mas útil que puede tomar la compasion para socorrer la desgracia. Las Casas de Socorro necesitan, como hemos procurado demostrarlo, del concurso de la caridad, que no puede estar, generalmente hablando, representada por los empleados. La penuria del Ayuntamiento es grande. ¿Cómo, pues, parece haber caido en olvido completo un proyecto que procuraba ayudarle á llevar una pesada carga, ponia en el lugar que le corresponde á la beneficencia domiciliaria, y contaba como elemento indispensable con el auxilio de la caridad? Repetimos que no lo comprendemos, deplorándolo amargamente.

Sabemos que hay algunas personas caritativas, que doliéndose de la mala situación de las Casas de Socorro, y de los elementos de consuelo que en ellas se esterilizan, están resueltos á pedir al Municipio que permita en una la intervencion de la caridad, representada por dos asociaciones, una de hombres y otra de señoras, que procurarán allegar fondos, encargándose de la parte concerniente á la beneficencia. Ya comprendemos que se presentarán dificultades para formar, enlazar y establecer armonía entre el servicio público y la institucion benéfica; pero, ¿qué obra buena se lleva á cabo sin obstáculos? ¿No está admitido el principio en la creacion de los visitadores? Al crearlos, ¿no reconoció el Municipio su impotencia para practicar la caridad por medio de sus delegados? Y este Ayuntamiento que inició la reforma, y cuyos individuos (al menos los que formaban parte de la comision) parecian conformes en lo esencial con las bases propuestas por la sub-comision; este Ayuntamiento, decimos, ¿no tiene una especie de compromiso de consecuencia, además de su deber, de procurar en todo lo mejor para sus administrados? Si el proyecto que abrazaba las Casas de Socorro y las escuelas le parece demasiado vasto, límitele. Hágase la prueba en un solo distrito, que meditando bien el reglamento por que haya de regirse, y confiando su ejecucion á las personas caritativas é ilustradas, que, si no estamos mal informados, desean prestar este gran servicio á los desvalidos, nada puede perderse en el ensayo. Este modo de empezar, aconsejado por la prudencia, lo está igualmente por la esperiencia de que las grandes obras de caridad han tenido siempre pequeños principios, como si necesitasen en su origen el sello de la humildad y de la modestia, sin las cuales no pueden vivir.

Rogamos encarecidamente al Ayuntamiento de Madrid, que si levanta la caridad su voz en favor de las Casas de Socorro, no la desoiga, y hará una buena obra, y dará un buen ejemplo, como está en el deber de hacerlo la Capital, que no lo ha de ser solo para ostentar el lujo en mayor escala. En cuanto á las personas caritativas que tienen el pensamiento que aplaudimos, que no se desalienten por ningun obstáculo; que perseveren; que prueben una vez mas que S. Pablo conocia bien la caridad cuando dijo: *Que no se cansa.*

Concepcion Arenal.

LOS INFELICES FELICES.

Juego vulgar de palabras parecerá á primera vista el epígrafe de este artículo, porque, en efecto, dos adjetivos opuestos se rechazan recíprocamente cuando están juntos.

Pero no lo tomen nuestros lectores en este sentido meramente gramatical. Es algo mas elevado nuestro punto de vista.

Hay personas que parecen sumidas en el último grado del infortunio, y son, sin embargo, dichosas; mártires voluntarios ó resignados, aceptan con tal gozo sus desventuras, que si pudieran mostrar á todos el interior de su alma, no lástima, sino envidia, causarían aun á los favoritos mas privilegiados de la fortuna. Para llegar á este estado se necesita un fondo grande de resignacion, que solo se consigue por un cambio completo de ideas y de sentimientos; y este cambio puede ser obra de la caridad.

Hay otras personas que, sin llegar á esa perfeccion, hallan en el ejercicio de esa misma caridad consuelo para no desesperarse y aliento para soportar su infortunio.

De ambas clases de infelices tenemos ejemplos que encierran útil enseñanza y tierno interés. Vamos á presentar alguno.

¿Recuerdan nuestros lectores aquella *Historia de un ciego* que les referimos en el número 5.º de esta Revista, de aquel desdichado suicida, que quedó, en efecto, ciego, mutilado de pies, pobre, y con su alma hondamente oscurecida y extraviada? Allí dijimos que la influencia dulce de una caridad ardiente, sostenida con cristiana é ilustrada perseverancia, habia trasformado radicalmente toda la parte moral de ese desventurado. Pues bien, acabamos de ver y tenemos á la vista una carta suya, dictada desde el lugar donde hoy se encuentra, en la cual, recordando el aniversario del dia terrible en que intentó matarse, despues de expresar con vehemencia su gratitud hácia las personas que operaron en él aquella trasformacion, dice, entre otras, estas sencillas y elocuentes palabras:

«Para que pueda V. formarse una idea del distinto aspecto con que ahora miro la vida, le diré que me creo demasiado feliz, y que no merezco el bienestar que disfruto.»

¡Demasiado feliz! Espanta y enternece oír estas palabras. En boca de otro serian un sarcasmo; en la suya son la leccion mas sublime. ¡Demasiado feliz el que antes tenia vista, una regular posicion, amigos, goces y porvenir, y hoy está por culpa suya al nivel de esos

pobres ciegos que piden una limosna á la puerta de la iglesia, ó peor aún, porque apenas puede andar!

¡Demasiado feliz!..... Ricos en el colmo del fausto y de la opulencia; políticos, guerreros, sábios y artistas en el triunfo de vuestro génio, aplaudido por el mundo; jóvenes en el delirio satisfecho de la pasión mas vehemente, oid esa palabra *demasiado feliz*. ¿Podreis decir otro tanto? ¿No habrá alguna espina, algun recuerdo, algun temor que os retraiga de creer os demasiado dichosos? Pues aprended á serlo de ese pobre ciego; aprended el consuelo de la resignacion, y el triunfo de la caridad que lo ha producido.

Hé aquí, pues, un *infeliz feliz*; es decir, un hombre á quien todos aplicaríamos, con justa razon al parecer, el primero de estos adjetivos, y él, sin embargo, que es el mejor juez de sí propio, se considera y proclama demasiado venturoso.

De la otra clase de desgraciados, consolados, ya que no enteramente felices, por el solo ejercicio de la caridad, pudiéramos presentar varios ejemplos. Nos fijaremos en dos que son muy notables en esta materia, pero callaremos sus nombres, y hasta los detalles que pudieran descubrirlos. El dolor, lo mismo que la virtud, dadas las circunstancias de este caso, exigen de nosotros cierto respetuoso silencio, porque la publicidad, aunque aprovecharía como aprovechan los grandes ejemplos, quizás repugnaria á la modestia de los interesados. Pero callando los nombres, digamos algo de los hechos.

Esas personas sufrieron las desgracias mas terribles que puede soportar humana criatura. Muertas ya entonces para los goces del mundo, muertas para las ilusiones del porvenir en esta vida, alimentándose solo de recuerdos dolorosos que trituran, de lágrimas que no se agotan, de amarguras que no tienen consuelo ni tendrán término mas que en el de su existencia, ¿qué creerán nuestros lectores que hicieron para poder soportar esa vida de pena incesante? ¿Viajes, distracciones, placeres? ¡Qué locura! Absurdo fuera pensarlo, y ofensa hubiera sido el proponerlo. Para ese dolor sombrío, silencioso, para esa vida moral casi yerta, Dios podrá dar consuelos, pero los hombres solo pueden ofrecer estériles simpatías.

Sin embargo, como los grandes caractéres se forman en la adversidad, y como se trata de almas elevadas, los infelices de que vamos hablando tuvieron el mismo pensamiento. «Puesto que soy tan desgraciado, debieron decirse á sí mismos, busquemos á los desgraciados; puesto que para mí no hay consuelo, démosle á los que todavia son susceptibles de admitirlo; y puesto que mi vida es inútil para mi propia felicidad, empleémosla en procurar la de los demás, por medio del ejercicio constante de la caridad.»

Así lo hicieron. Este pensamiento generoso tuvo la mas hermosa realizacion en beneficio de muchos pobres. No nos es lícito penetrar en el sagrado de los sentimientos íntimos; pero los resultados son una prueba elocuente de que si no han logrado ser, como el ciego, enteramente felices en medio de su infelicidad, porque las penas morales no se olvidan como las pérdidas materiales, son al menos personas resignadas, y la resignacion es ya un tesoro, puesto que hace soportables los sufrimientos. Dios sin duda se ha valido de la caridad para procurar á los generosos héroes de esta virtud el bálsamo mas adecuado á sus dolores. Lo que no hubiera hecho el mundo de los ricos, lo ha hecho la comunicacion con la vida de los pobres. El espectáculo de las desdichas ajenas, el roce con el dolor de otros, han de haber producido saludable efecto en sus nobles corazones, presentándoles prácticamente la triste verdad, de que, si su desgracia fué grande, no es única, porque nadie tiene monopolizado el privilegio de las grandes penas.

Los que creen (y es creencia harto generalizada) que la caridad consiste solo en dar una limosna, y no produce mas efecto que el de remediar una necesidad del momento, pueden ver en estos dos ejemplos qué poder encierra esta sencilla virtud para proporcionar consuelos y para recibirlos, y qué influencia tan grande puede ejercer en las situaciones mas desastrosas de la vida.

Antonio Guerola.

DOLORES Y CONSUELOS.

Los dias clásicos son horriblemente tristes para los desdichados. Parecen como el resumen de un capítulo del libro de la vida, ó como una piedra miliaria, que marca lo que se lleva andado por el penoso camino, y lo que probablemente falta que andar, porque es raro que el que se fatiga mucho en la marcha, no piense en el fin de la jornada. Todavía es peor si el dia señalado es aniversario de alguna desgracia sin remedio, ó de alguna ventura que se perdió para siempre. Imposible razonar ni destruir el poder de los aniversarios. Nada significa para la razon aquel *tal dia como hoy*, á que responden como un eco, cien dolores, en el corazon lacerado.

La humanidad tiene sus aniversarios como los individuos, pero hay esta diferencia; la humanidad no quiere aflijirse con ningun recuerdo, y los *celebra* todos. Mejor sería ignorar las fechas en que nacen ó mueren sus bienhechores. Los discípulos, los imitadores,

conmemoran con piadoso recogimiento el día en que vieron la luz; pasan algunos años, desaparecen los ungidos del gran sentimiento ó de la grande idea, y cuando el recuerdo de su apóstol pasa de los escogidos á la multitud, el aniversario se convierte en *fiesta*, es decir, en *profanacion*, y los sentimientos que se podían llevar sobre un ara, deben simbolizarse en un tonel de vino.

Cuanto mas vale el santo ó el héroe que se recuerda, se insulta mas su memoria porque se celebra mas. El Nacimiento de Jesucristo es para todo el que sabe un poco de historia, crea ó no, el suceso de mayor importancia que conoce la humanidad. Al conmemorarlo, los que piensan, habían de pensar, los que sienten sentir, los que creen creer, y todos, grandes y pequeños, si no eran viles é insensatos, debían recogerse para adorar aquel misterio ó meditar sobre aquel gran acontecimiento, y practicar alguna buena obra, á fin de recordar dignamente la hora en que vino el que *pasó haciendo bien*.

En lugar de este respetuoso homenaje, ya sabemos todos cómo se celebra LA NOCHE BUENA. *Hay misterio*, dice Larra, *pues comamos*; y el pueblo come hasta la saciedad, y bebe hasta embriagarse, y luego, al compás de los ruidos mas desacordes, entonando el coro bestial de sandeces y obscenidades, recorre calles y plazas, y hay que cerrar las puertas de los templos para que no los profane. La clase media y las altas clases profanan á su modo, es decir, con un poco menos de grosería, pero profanan también groseramente la bendita memoria del que por amor al hombre, nació pobre, vivió santo, y murió mártir.

Para el que no se divierte, ni come, ni bebe mas de lo que tiene por costumbre, y duerme menos, ó tal vez no duerme nada, es bien *mala* la Noche Buena, y las tristes reflexiones que en ella se hacen, son mas enemigas del sueño que su infernal ruido. Las tiendas, las calles y las plazas son inmenso almacén de regalados manjares; se tropiezan las gentes que van á comprar con las que han comprado; se chocan los que llevan regalos en todas direcciones; y los trenes vienen cargados como si llegasen para abastecer una ciudad, cuyo sitio acabara de levantarse. Pero no. Las seras, las cajas, los cajones, las botellas, las cestas, los toneles, los barriles, los animales vivos ó muertos, toda aquella inmensa provision, no es para acudir á necesidades, sino para lisonjear gustos y caprichos; satisfará la glotonería, pero no remediará el hambre. Los que padecen recibirán el aguinaldo de la tentación, del contraste horrible, y sofocado por el coro brutal de la gula ahita, alzará la miseria el grito de su desesperada blasfemia, ó la voz piadosa de su resignación sublime. Los ojos del alma ven la población dividida: á un lado pálidos, ham-

brientos y yertos los que carecen de lo necesario; al otro, repletos, alegres y bulliciosos los que gozan sin tasa de lo supérfluo; y en medio el egoísmo que los aísla para el consuelo, dejándolos comunicar solamente para el provocador contraste que hace de una parte tan odiosa la indiferencia, y de otra la prueba tan ruda.

Así se celebra el día en que vino al mundo el Santo de los Santos. Él quiso ser pobre; se ostenta y despilfarra la riqueza. Él fué puro en palabras como en obras; se entona un coro de blasfemias y obscenidades. Él predicó el olvido de las ofensas; se practica el olvido de los deberes. Él fué el triunfo del espíritu sobre la materia; la materia sofoca al espíritu. Él proclamó la ley de amor; se obedece á la ley del placer. Él estableció la fraternidad humana; no hay mas lazo que las guirnaldas del banquete ó el libertinaje de la orjía. Él apuró un cáliz amarguísimo; se apura la copa del deleite, y corre el vino para celebrar el nacimiento del que habia de verter su sangre por los hombres. Este egoísmo es pagano, esta grosería es gentilica. ¿Fué inútil el sacrificio del Gólgota?

Como respuesta á esta tristísima duda, se nos aparecieron miles de criaturas que se acordaron de la colacion de los pobres al pensar en la suya; centenares de personas que recorrieron las pobres viviendas, llevando á los desvalidos lo necesario y aun algo que parece supérfluo, y que no lo es realmente á los ojos de la caridad. Aparecieron las cuantiosas limosnas dadas y distribuidas con tanto amor y celo en este día. Aparecieron los nombres benditos de los que nos han elegido por intermedios entre ellos y los pobres, y la memoria querida de los que, ocultando su nombre, los socorren por nuestra mano; aparecieron aquellas niñas que han trabajado con afan para aumentar su escaso peculio y dar el aguinaldo á sus pobres; y resonaron en nuestro corazon ¡las treinta voces que han exclamado: ¡Aquí estamos! cuando nosotros dijimos: ¡Falta uno! Falta uno, en efecto, para completar la cuarta decena del *Patronato de los Diez*. Se lo comunicamos á nuestros lectores en breves palabras, sin artificios oratorios. Bendecíamos anticipadamente á ese uno que responderia á nuestros llamamientos; teníamos la firme esperanza de que vendria, pero no de que acudiese con veintinueve compañeros, llegados muchos por caminos que señala la Providencia y admiran á los hombres. En vez de cuatro familias patrocinadas habrá pronto siete, y sus bendiciones, que valen mas que la nuestra, acojerán á los que, al entrar por las puertas del pobre, llevan consigo el consuelo y la esperanza. Bienvenidos seais, compañeros de la buena obra, amigos del corazon, que teneis eco en el vuestro para los ayes de la desventura. Bienvenidos los que, en medio de

tantos gritos desacordes, estableceis las sublimes armonías de la compasion y el dolor. Cuando habeis llegado en medio de la falange de los consoladores; cuando los ojos de nuestra alma han visto en medio de aquel tumulto, salir los numerosos representantes de la virtud mas celestial, las lágrimas de la compasion y de la gratitud lavaron las manchas de la orjía, y en medio de su bacanal Madrid nos pareció purificado por el sufrimiento, y el interés que inspira; por la desgracia y la abnegacion; por el infortunio y la caridad. Al lado del cinismo que ostenta el hecho vicioso, la humildad que oculta la accion santa; enfrente del vergonzoso escándalo, el sublime ejemplo. Considerando aquel espectáculo á la luz de la verdad, y pesando aquellas acciones en la balanza de la justicia, debe abandonarse el triste papel de críticos indignados; y cuando en medio de grandes faltas hemos visto grandes virtudes, hemos podido esclamar: ¡DOLORES Y CONSUELOS!

Concepcion Arenal.

EL VISITADOR DEL POBRE.

Hoy, que el impulso dado al Patronato de los pobres, segun decimos en otro artículo, proporcionará á algunas personas la benéfica ocupacion de visitar familias pobres, creemos hacerles un servicio útil, facilitándoles las sencillas nociones de lo que conviene practicar en esas visitas, para que sean tan útiles á los pobres en resultados materiales y morales, como provechosas y hasta agradables á las personas caritativas.

Pero fuera atrevida presuncion en nosotros el pretender dar lecciones de lo que puede aprenderse en maestros mucho mejores. Basta, pues, que llamemos la atencion sobre dos libros que encierran sobre esta materia la mas completa, útil y agradable enseñanza. Tales son, *Le Visiteur du pauvre*, por Mr. de Gerando, premiado en 1820 por la Academia francesa; y *El Visitador del pobre*, por la Sra. Doña Concepcion Arenal, impreso en 1863.

No vamos á hacer su elogio, ni á calificarlos siquiera. Nos lo impide un sentimiento que comprenderán nuestros lectores, sabiendo lo que es en esta Revista la autora del segundo de dichos libros. Pero sería una exajeracion el que por esta circunstancia dejásemos de indicar esas dos pequeñas obras á personas que probablemente no tienen noticia de ellas, y se alegrarán de tenerla.

La francesa apenas se conoce en España, y ni aun sabemos que esté traducida. La española tampoco es muy conocida, porque no

se escribió con objeto de especulación, y no se ha propagado como debiera. Hay la circunstancia notable de que fue escrita sin conocer su autora la obra anterior de Gerando, y casual coincidencia el que ambas lleven el mismo título.

Estamos seguros de que el que lea esos libros nos dará en su interior las gracias, por haberle proporcionado tan agradable y útil lectura.

Para que se forme una idea del estilo y carácter de la obra española que citamos, creemos no desagradará á los suscritores de LA VOZ DE LA CARIDAD, el que insertemos la invocacion final con que la autora termina su trabajo. Dice así.

«Mis últimas palabras no se dirijen al visitador del pobre: él sabe por experiencia cuántas lecciones se reciben, cuántos consuelos se hallan en la práctica de la caridad; no hay que recomendar-sela: como la conoce, la ama. Si la casualidad lleva este libro á manos de una persona que no ha visto nunca de cerca los dolores del pobre; si no le arroja desdeñosamente; si lee con interés alguna de sus páginas, la autora, en premio de las lágrimas que ha vertido al escribirlas, le pide una buena accion: que se acerque una sola vez á donde gime la desgracia; al hospital, al hospicio, á la cárcel, á casa del pobre.

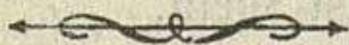
«¡Oh tú, quien quiera que seas, hombre ó mujer de corazon, donde el mio ha encontrado algun eco; ven, ven, entra, no pases por Dios, sin entrar, por delante de la puerta de ese desdichado! ¡Si supieras qué facil y qué dulce es hacer bien! ¡Si supieras con qué poco esfuerzo podias dar la libertad á aquel inocente encarcelado, salvar la vida á aquel pobre niño que muere por falta de alimento, guiar al que se extravía, fortalecer el ánimo del que decae, dar esperanza al que la ha perdido y consuelo al que no tenia ninguno! ¡Si supieras cuántos hay por tierra, porque no tienen quien les alargue la mano; cuántos enfermos de cuerpo ó de alma, porque, como el de los Libros Santos, no pueden ir en busca del agua que dá la salud, ni han hallado quien los lleve! Entra, entra. Aprende á ser bueno, y á ser feliz, y á ser desgraciado. Llorá alguna de esas lágrimas santas que arranca el dolor ageno: de esas lágrimas que, cayendo sobre el corazon, le consuelan si sufre, y si está manchado le purifican. Completa tu felicidad con esa celeste alegría que Dios reserva á los que hacen bien. Sobrelleva paciente tu desgracia, viendo la resignacion del que sufre mas que tú. Entra, entra. Aprende á conocerte; no te calumnies: tú vales mas que imaginas; tú eres mejor de lo que pensabas. Por ignorancia, por ligereza te colocaste entre los miserables; y ya lo ves, en tu corazon

hay un tesoro. ¡Tu corazón! ¿Y es completamente dichoso el corazón tuyo? ¿No le atormenta, no le aflige ninguno de tantos dolores como pueden apenarle? Si no ha sufrido, si no sufre, sufrirá, esa es la ley; y para sus heridas ¿qué bálsamo tan prodigioso podrías hallar en la caridad!»

«Aspiraciones imposibles de alcanzar, deseos que no pueden realizarse, vacíos que nada llena, dolores en todos los grados, bajo todas las formas, que escarnecen la razón, que no escuchan la fe, que rechazan la esperanza, han hallado en la caridad dulce consuelo. Si comunicaras con los desdichados en tus penas y en tus prosperidades, tus dolores serían menos acerbos y tus alegrías menos incompletas. Si no tienes una mirada piadosa que dirigir al desvalido ni le ofreces una mano amiga, si eres desdichado, corres peligro de desesperarte, y si dichoso, de envilecerte. Sé bueno en la prosperidad, para que Dios te la bendiga, y no sea maldita entre los hombres; sé bueno en la desgracia, para quitarle lo que tiene de más acerbo; y cuando tus oídos estén sordos al consejo y al consuelo, que penetre en ellos la celestial melodía de una bendición. ¿Y no te parece que hay algo de repugnante y de impío en esa felicidad que olvida al infortunio? ¿Y no te parece que Dios debe negar la entrada en su reino al dichoso que no lleve sobre su cabeza la bendición de algún triste? No pases de largo por la puerta del afligido; entra, aunque sea una vez sola: si eres dichoso, para ser bendecido; si eres infeliz, para ser consolado.»

Antonio Guerola.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.



¡Socorro á los prisioneros!

Siguen destrozándose dos grandes pueblos. En nombre de la patria se escarnece la humanidad; en nombre del derecho se holla la justicia; en nombre del honor se llevan á cabo los hechos más infames; en nombre de la gloria se satisfacen los caprichos sangrientos y las pasiones viles. La Europa asiste al terrible duelo franco-prusiano, y lejos de espantarse más cada vez, el hábito, ese monstruo que disminuye el horror á los espectáculos sangrientos y la admiración de las sublimes virtudes, el hábito nos va acostumbrando á los combates diarios, á los bombardeos, á los incendios, á

ver ese París, donde ayer parecían haberse citado todos los placeres, y es hoy la reunión de todos los dolores, al cuadro, en fin, de un pueblo que agoniza, y otro que pone el pié sobre su cuello y la punta de la espada sobre su corazón. Se acusa á los gobiernos; error: las naciones son las verdaderas culpables, porque la opinion que condena la guerra, en vez de alzar su voz atronadora, da apenas débiles vajidos.

Los muertos, los heridos y sus desventuradas familias, escitaban casi exclusivamente nuestra compasion, pero una circular del *Comité internacional de Ginebra para el socorro á los heridos*, ha venido á revelar otra inmensa desventura, la de los prisioneros. Este Comité es neutral, no solo por sus acciones sino por sus ideas; y en caso de inclinarse á algun lado, creemos que sería mas bien alemán que francés: lo advertimos para que se comprenda todo el valor de las palabras que vamos á traducir.

«El número de estos desgraciados (los prisioneros) es tal en
»Alemania, que no ha podido proveerse á sus necesidades sino de
»un modo *enteramente* insuficiente (1). A pesar de lo que hacen, tanto
»los Gobiernos como las poblaciones y Comités próximos á los de-
»pósitos, en favor de los prisioneros, estos desventurados *sufren*
»*crueles privaciones, haciendo entre ellos, las enfermedades, grandes es-*
»*tragos.* ESTE ESTADO DE COSAS ES DE NOTORIEDAD PÚBLICA.

»No hemos oido decir que la suerte de los prisioneros en Fran-
»cia fuese tan triste, lo que se esplica facilmente por su número
»mucho mas corto; no obstante, no hay duda que hay mucho que
»hacer en su obsequio.»

Se ha establecido un nuevo Comité en Ginebra para el socorro de los prisioneros, compuesto de los Señores

Christ-Socin.

Rodolphe Merian.

Sutter-Christ.

Las personas que quieran dirijirles algun socorro, pueden hacerlo con esta direccion: *Comité international de secours pour les prisonniers de guerre. Kohlenberggasse, 24, Bale.*

La Princesa Imperial de Prusia, la hija de la Reina Victoria, que se ha puesto á la cabeza de las mujeres alemanas para socorrer á los heridos, ¿no tomará una generosa iniciativa en favor de los prisioneros? Nos consta que comprende perfectamente nuestra lengua, y si estuviéramos en la capital de Prusia le diríamos:

(1) Traducimos dejando el giro francés, para no desvirtuar la triste verdad del original.

Señora: Como en los ecos de las montañas resuena el estruendo de las armas de fuego, los corazones sensibles repiten los ayes de los que caen ensangrentados, y la distancia, que va apagando el sonido, no disminuye la compasion. Aquí, en España, en el confin de esa Europa aflijida por tan grande desventura, sentimos y lloramos las mujeres, como si estuviera cerca, el sangriento espectáculo de la guerra entre Prusia y Francia.

En medio de tanta desdicha, una idea nos halagaba. Los prisioneros, decian, son tratados con la mayor humanidad, nada les falta; y lo creíamos, porque es facil creer en el bien, y dulce recibir consuelo. Hoy sabemos que los prisioneros sufren terribles privaciones; que las enfermedades hacen entre ellos grandes estragos; y tenemos una dulce ilusion menos, y un gran dolor mas.

Comprendemos que es dificil auxiliar con todo lo necesario á tanto número de hombres encerrados; pero Alemania, un gran pueblo, ¿no sabrá cumplir mas que deberes fáciles? Ha habido abundancia, desdichada abundancia, para abastecer los parques; los almacenes de la muerte están siempre llenos; ¿y no habrá recursos para abastecer los que atienden á la vida? Si es así, si Alemania no tiene 350.000 raciones diarias, y cama y abrigo para sus vencidos, ¿no podria alzarse de entre ellos una voz que esclamara: «Mujeres alemanas, decid á vuestros esposos, á vuestros padres, á vuestros hijos, que inmolen á los vencidos en los campos de batalla, que Prusia ha agotado todos los recursos en acumular medios de destruccion, y no tiene con qué comprar pan para sus prisioneros; suplicadles que no den cuartel; mas vale morir de heridas en el campo de batalla, que de miseria en la prision?»

Pero esta exclamacion sería un delirio del dolor. Los lábios de donde han salido tantas palabras de consuelo para los heridos, no pueden formular esta terrible súplica, ni ese gran pueblo ha de hacerla necesaria. Si los hombres alemanes tienen la gloria de vencer, las mujeres alemanas evitarán la vergüenza de dejar morir, por falta de auxilio, á los vencidos. Ellas comprenderán la inmensidad de esa desventura que humilla y abate, y acudirán á llevar socorro á los que, mil veces mas infelices que los mendigos, no pueden salir á implorarle; que espresan su dolor en una lengua incomprensible para los que necesitan conmover, y gimen por el honor empañado, por los amigos que cayeron, por la patria atribulada, por el recuerdo de la madre sin consuelo, y por la idea de hallar la muerte en tierra estraña, que caerá sin una lágrima sobre la tumba ignorada del pobre prisionero. Recordadles, señora, que esas manos aherrojadas, tuvieron armas y han sabido blandirlas; que si por la voluntad de

Dios no se hallaran fuera de combate, los objetos de su amor tal vez hubieran perecido. Cada mujer alemana debe ver en el prisionero como una arma apartada del pecho de su padre, de su esposo ó de su hijo.

Dad, señora, el grito de ¡socorro á los prisioneros! y la Alemania entera responderá. Procurad que no haya mas huérfanos ni mas viudas que los que haga el plomo y el acero; yo os lo pido por la memoria de vuestro padre, de aquel Alberto tan querido, por las lágrimas de vuestra madre, la casta viuda que no se consuela.

Concepcion Arenal.

Correspondencia de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Bilbao. Con carta suscrita por E. M., recibimos 8 reales para la suscripcion á favor de los heridos franceses y alemanes, cuando ya estaba cerrada, y enviado su importe. Esperamos pues que el Sr. E. M. tenga la bondad de decirnos el destino que quiere se dé á esa cantidad.

Madrid. Hemos recibido una carta firmada con las iniciales M. Y. F., en que se nos incluyen 8 reales para socorrer á algun desgraciado, y se nos pregunta dónde se podrán recibir ropas usadas con destino á los pobres. Los 8 reales han sido entregados á dos pobres ancianas. Las ropas pueden enviarse á casa de D. Antonio Guerola, calle de Jovellanos, 3, principal, y Dios le pague su grande caridad. La falta de abrigo es una de las mayores mortificaciones de los pobres.

Barcelona. Con posterioridad á la carta de D. A. R. A., le hemos remitido todos los números del semestre. Si acaso no los hubiese recibido, con su aviso se le repetirán.

Oviedo. Un suscriptor que se firma solo con las iniciales J. S., nos ha enviado 40 reales para las decenas. Tendrán esa aplicacion. Le damos las gracias, en nombre de los pobres.

Madrid. Hemos recibido los 100 rs. de la que con el nombre de María quiere favorecer por nuestra mano á los pobres. Mucho lo está la familia á quien hemos destinado su limosna, y cuya desnudez se ha cubierto con ella. Dios se lo pague.

ADVERTENCIA.

Por falta de salud no hemos podido mandar á tiempo á la imprenta el original, y este número sale con retraso: rogamos á nuestros suscritores que nos dispensen esta falta involuntaria.